

EL CONSERVADOR

RALPH WALDO EMERSON

Los dos partidos que dividen el Estado, el partido del conservadurismo y el de la innovación, son muy antiguos y se han peleado la posesión del mundo desde que se creó. Esta disputa es el tema principal de la historia cívica. El partido conservador estableció las jerarquías veneradas y las monarquías del mundo más antiguo. La batalla, entre el patricio y el plebeyo, el Estado paternal y la colonia, los viejos usos y la aceptación de los hechos nuevos, entre los ricos y los pobres, reaparece en todos los países y tiempos. Esta guerra no sólo se libra en los campos de batalla, en los consejos nacionales y en los sínodos eclesiásticos, sino que también agita el interior de cada hombre con sentimientos opuestos en cada momento. Mientras tanto, el viejo mundo sigue girando; en ocasiones uno de los impulsos gana, en ocasiones el otro y, sin embargo, la lucha se renueva cada vez como si fuera la primera, bajo nuevos nombres y con apasionados personajes.

Un antagonismo tan irreconciliable debe, por supuesto, ser igualmente profundo dentro de la misma constitución humana. Es la oposición entre el pasado y el futuro, la memoria y la esperanza, el entendimiento y la razón. Es el antagonismo primario, la aparición en pequeño de los dos polos de la naturaleza.

Hay un fragmento de una fábula antigua, por alguna razón omitida en las mitologías actuales, que puede merecer nuestra atención, ya que parece estar relacionado con el tema que aquí tratamos.

Saturno se cansó de estar sentado solo, observado únicamente por Urano y el Cielo, por lo cual creó una ostra. Después actuó otra vez, pero no hizo nada más que crear la raza de las ostras. Entonces Urano dijo: "¡Una nueva obra, oh Saturno! Ya no es bueno repetir la vieja".

Saturno respondió: "Tengo temor. No sólo hay la alternativa entre hacer y dejar de hacer, sino también de deshacer. Veis el gran mar, como sube y baja. Así es conmigo: mi poder decrece y si extendiendo mis manos no haré nada, sino que desharé. Por ende, sólo hago lo que ya he hecho; me aferro a lo que tengo y así resisto a la noche y al caos".

"¡Oh Saturno! –le respondió Urano– no podréis mantener lo vuestro salvo mediante creaciones nuevas. Vuestras ostras son percebes y berberechos, y con la próxima subida de la marea serán piedras y espuma de mar."

"Ya veo –replicó Saturno– estáis en contubernio con la noche; os habéis convertido en una fuerza del mal; habéis hablado por amor, pero ahora vuestras palabras me hieren con odio. Apelo al destino :no debería haber descanso?" "Yo también apelo al destino –dijo Urano– acaso no debería haber movimiento?" Pero Saturno se quedó callado y siguió creando ostras durante mil años.

Posteriormente, las palabras de Urano le iluminaron la mente como un rayo de sol y creó a Júpiter. Pero luego volvió a temer, y la naturaleza se congeló; las cosas que se creaban iban hacia atrás. Para salvar al mundo, Júpiter mató a su padre Saturno.

Este episodio podría representar el relato más antiguo que nos ha sido heredado de una conversación sobre política entre un conservador y un radical. Siempre es así: la acción contraria de las fuerzas centrípetas y las centrífugas. La innovación es la energía sobresaliente; el conservadurismo, la pausa antes del último paso. El conservadurismo reza: "lo que es fue creado por Dios". La innovación responde: "Dios ya dejó eso atrás, ya está en esto otro".

El argumento del conservadurismo siempre implica cierta mezquindad, junto con cierta superioridad por ser lo que es. Afirma porque detiene. Sus dedos se aferran al hecho, y no abrirá sus ojos para ver un hecho mejor. El castillo que el conservadurismo está determinado a defender es el estado actual de las cosas, buenas y malas. La innovación tiene como proyecto el mejor estado posible de las cosas. Por supuesto, el conservadurismo siempre tiene el peor lado del argumento. Siempre está disculpándose, alegando una gran necesidad: que cambiar significaría deteriorar. Debe soportar la carga enorme de la violencia y el vicio de la sociedad; debe negar la posibilidad del bien, negar las ideas mismas, y sospechar del profeta apedreándolo. Mientras que la innovación siempre está en lo correcto, triunfante, al ataque, segura de su éxito final. El conservadurismo se basa en las limitaciones admitidas del hombre; la reforma, en su infinitud indiscutible. El conservadurismo se basa en las circunstancias; el liberalismo en el poder. Uno se dedica a formar miembros adecuados para el marco social, mientras que el otro se dedica a arreglar todas las cosas de acuerdo con el hombre mismo. El conservadurismo es atractivo y sociable; la reforma es individualista e imperiosa. Somos reformadores en la primavera y en el verano; en el otoño y en el invierno nos ponemos del lado de lo viejo. La reforma es afirmativa y el conservadurismo es negativo; este último busca lo que es reconfortante, mientras que el primero busca la verdad. El conservadurismo es más cándido para medir el valor de los otros; la reforma está más dispuesta a mantener y aumentar su propio valor. El conservadurismo no crea ninguna poesía, no reza ninguna oración, no inventa nada: el recuerdo lo es todo. La reforma no tiene ninguna gratitud, prudencia ni buenos modales. Tu postura y tu pensamiento serán muy distintos dependiendo de si tu pie avanza o retrocede. El conservadurismo nunca adelanta el pie: en el momento en que lo hace deja de representar lo establecido y se convierte en reforma. El conservadurismo tiende a la traición y a lo universalmente aparente, creyendo en un destino negativo. Cree que el hombre está gobernado por su temperamento y que no se debe confiar en los principios porque nos fallarán. Cree que debemos adaptarnos y ser un poco flexibles. Desconfía de la naturaleza. Piensa que existe una ley general sin ninguna aplicación particular, una norma para todos que no incluye a nadie. La reforma, al tomar una posición antagónica, se inclina a resistir con necedad, da patadas de mula, corre hacia el egoísmo y la arrogancia, hacia una pretensión sin forma y hacia un refinamiento y elevación artificiales, terminando en la hipocresía y en la reacción emocional.

Así pues, mientras no vayamos más allá de los planteamientos generales, se puede afirmar con seguridad que cada uno de estos antagonistas metafísicos es una buena mitad, pero sería un todo imposible. Cada uno expone los abusos del otro, pero en una sociedad o en un

hombre verdadero, ambos deben combinarse. La naturaleza no le otorga la corona de su aprobación —la belleza— a ninguna acción, emblema o actor que sólo represente una cosa, sino a aquel que combina ambos elementos. No le otorga esta corona a la roca que siempre resiste las olas, ni a la ola que ataca incesantemente a la roca, sino a la belleza superior del roble que se mantiene extendiendo sus cien brazos frente a las tormentas de un siglo, y crece cada año como un árbol nuevo; al río que sigue fluyendo pero que sin embargo siempre tiene el mismo cauce; o, más importante que todo, al hombre que ha sobrevivido durante años pese a los cambios de la naturaleza, pero que no obstante ha evolucionado de tal manera que cuando uno recuerda lo que fue y lo compara con lo que es, exclama "¡qué grandes pasos ha dado! ¡qué diferencia!"

En toda la naturaleza, el pasado se combina con el presente en cada criatura. Cada uno de los pliegues de la concha de mar, cada cartilago y cada espina marcan un año en la vida del pez; lo que en un tiempo fue la abertura de la concha se convirtió en un conjunto ornamental gracias a la nueva materia proporcionada por el crecimiento de un animal. El verano sólo creó las hojas y la nueva madera exterior del árbol, pero la columna sólida, que sostiene todo ese follaje en el aire para que atraiga nuestra mirada y nos dé sombra, es un obsequio y un legado de los años ya pasados y enterrados.

Dado que cada uno de estos elementos está siempre presente en la naturaleza, cada teoría tiene una base natural. Si argumentamos desde el punto de vista de la necesidad, apoyaremos al conservador; si tomamos la ética como punto de partida, apoyaremos al reformador. Si hacemos una lectura histórica del mundo, diremos: las circunstancias presentes son el resultado acumulado de todas las épocas pasadas; hasta ahora, lo actual es la mejor apuesta posible de la naturaleza. Si observamos el mundo desde el lado de la voluntad o del sentimiento moral, culparemos al pasado y al presente y le pediremos lo imposible al futuro.

Sin embargo, aunque este hecho bidimensional está unido en la naturaleza, y de tal manera que ningún hombre puede seguir existiendo si ambos elementos no están presentes dentro de él, los hombres no son filósofos sino niños muy necios que, por su parcialidad, ven todo de la manera más absurda y son víctimas en todo momento del objeto más cercano. No existe incluso ningún filósofo que actúe siempre como tal. Nuestra experiencia y nuestra percepción están condicionadas por la necesidad de adquirirlas en partes y de una pieza a la vez: esto es, con cada verdad adquirimos también cierta falsedad. En vista de que este es el método invariable de nuestro aprendizaje, debemos concederle algo y aceptar que los hombres aprenden como lo han hecho durante seis milenios: una palabra a la vez, dividiéndose en partidos malsanos y aprendiendo la verdad que cada lado conoce mediante la negación de una medida igual de verdad. Por lo pronto, debemos escuchar los propios argumentos de ambos partidos para poder obtener la suma de verdad que somos capaces de lograr.

Lo mejor del conservadurismo, lo que no puede expresarse con detalle pero que inspira la reverencia de todos, es lo inevitable. No sólo se plantea la pregunta: ¿qué dice el conservador? sino también, ¿por qué lo dice?, ¿qué hecho infranqueable lo ata a esa posición? La respuesta es lo que los hombres llaman destino: el destino en el grado más absoluto, el destino detrás del destino, que no se puede hacer a un lado con la

consideración de que la conciencia dicta tal o cual cosa, sino que, al contrario, plantea la pregunta de si las facultades del hombre le servirán para resistir los hechos de la experiencia universal. Porque los imperativos de la conciencia son esencialmente absolutos, pero históricamente limitados. La sabiduría no busca una rectitud literal, sino una que sea útil —es decir, condicionada—; una que las facultades del hombre y la constitución de las cosas merezcan. El reformador, el partidario, se pierde al llevar al extremo algún tipo de conducta correcta, hasta que la naturaleza externa y la suya propia se le resistan. Por su parte, la sabiduría no intenta nada enorme ni desmedido en relación con sus poderes, nada que no se lleve a cabo totalmente o casi por pueda completo. Todos tenemos ciertas ideas o sentimientos de reforma en nuestras mentes, pero que no pasan aún a formar parte de nuestro carácter.

Aquellos que se avientan ciegamente hacia la reforma se pierden. Lo que sea que intenten en esa dirección fracasa y redundante de manera suicida sobre el actor mismo. Es el castigo por haber traspasado la naturaleza. Porque el mundo existente no es un sueño, y no puede tratarse como tal impunemente. Tampoco es una enfermedad, sino el suelo que pisas y la madre que te vio nacer. La reforma conversa con las posibilidades —quizá incluso con las imposibilidades—, pero aquí frente a nosotros están los hechos consagrados. Los hechos también son ciertos; si no lo fueran, no podrían haber posibilidades: estábamos vivos o no pudimos haber existido; estamos vivos o no podremos continuar. Sus planes pueden o no ser factibles, pero los hechos tienen el apoyo de la naturaleza y una larga amistad y cohabitación con los poderes de la naturaleza. Estos hechos se mantendrán hasta que se eche una mejor suerte. El concurso entre el futuro y el pasado es entre la llegada y la partida de la divinidad. Se está invitado a intentar llevar a cabo sus experimentos y, si se puede, a reemplazar el orden actual con esa república ideal que anuncian, pues sólo Dios podrá expulsar a Dios. Pero queda claro que el peso de la evidencia debe estar del lado de quien la hace posible. Mantendremos esta posición hasta que nos puedan demostrar algo mejor.

El sistema legal y de propiedad tiene sus orígenes en los tiempos bárbaros y también en los sagrados; es el fruto de la misma causa misteriosa del mundo mineral o animal.

Hay un sentimiento y una predisposición naturales a favor de la edad, de los ancestros, de los usos bárbaros y aborígenes, que constituye un homenaje al elemento de necesidad y divinidad que contienen. El respeto a los nombres antiguos de los lugares, de las montañas y de los ríos, es universal. El nombre indio y bárbaro nunca se puede suplantar sin que esto represente una pérdida. Los antiguos nos dicen que los dioses amaban a los etíopes por sus costumbres estables; las pequeñas tribus de Grecia e Italia consideraban que los etíopes y los caldeos, cuyo origen no se podía explorar, eran naciones sagradas.

Es más, la base del sistema social existente es tan profunda que no excluye a nadie. Nosotros quizás seamos parciales, pero el destino no lo es. Las raíces de todos los hombres están en él. Ustedes que se pelean con el sistema social, dispuestos a involucrar a todos y a arriesgar el bien indiscutible que existe para tener la oportunidad de algo mejor, viven, mueren y existen en el destino, y sus acciones contradicen sus palabras a diario. Porque no pueden levantarse del suelo sin utilizar su resistencia, ni echar un barco al mar sin alejarse de la orilla de la tierra, ni lograr la libertad sin rechazar la obligación. Por ende, están

obligados a usar el orden actual de las cosas para poder abandonarlo, a vivir de acuerdo con él mientras desean quitarle la vida. El pasado horneó su pan, y con la fortaleza de este último quisieran romper el horno. Pero su propia naturaleza los traiciona. Ustedes también son conservadores. Desde cualquier posición que quieran tomar, no veo más que un partido conservador. Son idénticos a nosotros no sólo en sus necesidades, sino también en sus métodos y objetivos. Ustedes se pelean con mi conservadurismo pero es únicamente para crear un conservadurismo propio, con las mismas dificultades y las mismas pasiones. Observo que hay una envidia de lo más reciente entre los amantes de lo nuevo, y que el que se separa del que se escindió es tan condenable como el Papa mismo.

En estas y en otras afirmaciones generales similares, el conservadurismo se planta sin peligro de ser desplazado. Frente a este llamado a la persona, el innovador debe confesar su debilidad, admitiendo que ningún hombre es lo suficientemente bueno como para tener el derecho de ser el campeón de una causa. Pero cuando la gran tendencia del conservadurismo se enfrenta en la práctica con el reto planteado por los hombres jóvenes, para quienes el hambre, la angustia y la exclusión de las oportunidades no es ninguna abstracción sino un hecho concreto, ésta debe aparecer como la parte ofensiva. El joven es, por supuesto, un innovador, debido al hecho mismo de su nacimiento. Allí se encuentra, recién nacido en el planeta, un mendigo universal, y uno diría que tiene toda la razón de las cosas de su lado. Cuando contempla cómo alimentarse, vestirse y calentarse, se enfrenta a las advertencias que surgen de todos lados: que esto y lo otro tienen dueño y que debe buscar en otra parte. Entonces el joven pregunta: "si he nacido en esta tierra, ¿dónde está mi parte? Tengan la gentileza, caballeros de este mundo, de mostrarme el pilón de madera donde pueda cortar mi leña, el campo donde pueda plantar mi maíz, el agradable lote donde pueda construir mi cabaña.

"Si tocas cualquier leña o campo o lote, será bajo tu propio riesgo –le dicen todos los caballeros de este mundo– pero puedes venir a trabajar en nuestras tierras, para nosotros, y te daremos un pedazo de pan.

"Y cuál es ese riesgo?

"Cuchillos y rifles, si te sorprendemos en el acto; encarcelamiento, si te encontramos después.

"Y bajo qué autoridad, gentiles caballeros?

"Bajo nuestra ley.

"Y su ley, es justa?

" Tan justa para ti como lo fue para nosotros. Trabajamos para otros bajo esta ley, y así conseguimos nuestras propias tierras.

"Repito la pregunta, es justa su ley?

"No precisamente justa, pero necesaria. Además, es más justa ahora de lo que lo fue cuando nosotros nacimos; la hemos hecho más leve e igualitaria.

"No tendré nada que ver con su ley –responde el joven– es una carga para mí. No puedo entender, ni tampoco perder el tiempo para leer esa biblioteca inútil de sus leyes. La naturaleza ya me ha provisto de suficientes recompensas y fuertes castigos que me detendrán si intento transgredirla. Como el antiguo noble persa, sólo pido ordenar ni

obedecer'. No deseo ingresar a su complejo sistema social. Serviré a quienes pueda, y aquellos que puedan me servirán. Buscaré a quienes amo y evitaré a quienes no amo: ¿qué más me pueden dar sus leyes?"

Un defensor de lo establecido, un hombre de muchas virtudes, responde a esta queja con la misma sinceridad y buena fe:

"Tu oposición es disparatada y simplista. Joven, no tengo la capacidad para debatir con usted, pero míreme: me he levantado temprano y acostado tarde; he trabajado honesta y arduamente durante muchísimos años. Nunca soñé con métodos; sólo usé mis huesos y trabajé para obtener los bienes que poseo. No los obtuve por fraude ni por suerte, sino por trabajo, y usted deberá mostrarme una prueba, parecida a estos hechos persistentes, de su propia fidelidad y trabajo antes de que yo permita que, sólo gracias a unas cuantas palabras finas, usted entre a mis tierras y pretenda dilapidarlas como si fueran suyas.

"Ha llegado al corazón del asunto –responde el reformador–. Rindo homenaje a esa fidelidad y a ese trabajo. No soy digno de modificar su manera de vivir, hasta que yo también haya pasado por varias pruebas. Pero sería menos digno todavía si no le dijera por qué no puedo seguir sus pasos. Encuentro esta vasta red, que usted llama propiedad, extendida por todo el planeta. No puedo ocupar el más triste peñasco de los Montes Blancos ni de la Cordillera de Alleghany porque algún hombre o corporación me demostrará que le pertenece. Ahora bien, personalmente soy muy pacífico y si por mí fuera podría morirme, ya que al parecer hubo algún error en mi creación y no debí haber llegado a esta tierra, donde todos los lugares ya están tomados. Sin embargo, me siento obligado por la naturaleza racional que represento a exponerle mi opinión: esto es, que si la tierra es suya, también es mía. La suma de todas vuestras existencias representa para mí un hecho menor que la mía propia; así, como yo nací para la tierra, la tierra está para mí: todo lo que quiera plantar y trabajar en ella. No podría, sin ser pusilánime, dejar de reclamar esto. No sólo debo tener un nombre para esta vida: debo vivirla. Mi genio me lleva a construir una vida distinta de la de cualquiera de ustedes. No puedo, entonces, dejarles todo el mundo. Los quiero mucho más que eso. Debo decirles la verdad de manera práctica y tomar aquello que llaman suyo. El mundo es tanto de Dios como mío; tanto del mundo como usted quiera es suyo, y tanto de él como yo quiera es mío. Además conozco vuestras prácticas, los síntomas de la enfermedad. Hasta donde esté en su poder, usted será el sirviente de esta mentira que lo está despojando. Su necesidad es un gran vacío que la posesión de toda la gran tierra no llenaría.

Si pudiera, bajaría el Sol que brilla allá en el universo para convertirlo en propiedad privada. Incluso encontraría en poco tiempo un uso para la Luna y la Estrella polar en su armario y en su recámara. Lo que no quiere para su uso lo desea tener como ornamento, y aquello que su conveniencia podría dejar de lado lo necesita su orgullo."

Por otra parte, quienes defienden la Constitución inglesa argumentan que, con todos sus defectos, sus distritos podridos y sus monopolios, funcionó bien y de alguna manera se hizo bastante justicia. La sabiduría y lo digno sí llegaron al parlamento y se representó cada interés, ya fuera por derecho, por la fuerza o por ingenio. Este mismo argumento se utiliza para defender las instituciones existentes. No son las mejores ni son justas; y ante usted en

lo personal, ¡oh valiente joven!, no se pueden justificar. Es verdad que no le han dejado ninguna hectárea propia ni alguna ley que no sea la nuestra, a pesar de que usted no participó en su ratificación. Pero sí responden al final: son amistosas con lo bueno y duras con lo malo; apoyan a los hacendosos y a los amables; fomentan la inteligencia. En realidad, son tan flexibles que por lo general le proporcionan a su talento y carácter la misma oportunidad de demostrarse y ser exitosos que la que hubiera tenido si no hubieran leyes ni propiedad.

Es trivial y meramente supersticioso decir que no se le otorga nada, ninguna prenda para demostrarlo, ya que existe la institución del crédito, que es tan universal como la honestidad y la promesa en el rostro humano y mediante el cual algún vecino siempre está dispuesto a darle pan, tierra, herramientas y reservas al joven aventurero. Y aunque estas instituciones hayan fallado en algún caso particular, observe la amplia contribución al bien que han hecho. No han perdido ningún tiempo ni han escatimado en crear bibliotecas, museos, galerías, universidades, palacios, observatorios, ciudades. Las épocas no han pasado en vano, los reyes no han sido flojos, ni los ricos han sido tacaños. ¿Acaso no hemos compensado esa pequeña ofensa (que no pudimos evitar) de dejarlo sin derecho a la tierra con esta indemnización espléndida de riqueza nacional ancestral? ¿Hubiera considerado nacer en un seto como un gitano, prefiriendo su libertad en el campo y el espacio entero de un planeta, sin cabaña alguna para protegerlo del sol y del viento, a este mundo de torres y ciudades? ¿A este mundo de Roma, de Memphis, de Constantinopla, de Viena, de París, de Londres y de Nueva York? Para usted están Nápoles, Florencia, Venecia, el bello Mediterráneo y el soleado Adriático; para usted sonríen ambas Indias y el norte abre sus palacios calientes a pesar de estar en el círculo polar; para usted se han trazado caminos en todas las direcciones y se han fletado flotas enteras de palacios que con seguridad y lujo navegan por todas las aguas de este mundo. Para usted cada isla tiene un pueblo y cada pueblo un hotel. Aunque nació desposeído, a cambio de su trabajo, ahorro y pequeña condescendencia ante los usos establecidos, tendrá miles de sirvientes a sus órdenes en los lugares más recónditos, para atender su mesa, vestuario, recámara, biblioteca y tiempo de ocio; y cada deseo se anticipa y es cumplido de la mejor manera por la población entera de cada país. El rey en su trono gobierna para usted, así como el juez juzga, el abogado defiende, el agricultor siembra, el herrero martilla y el cartero entrega. ¿No es una exageración insistir en un reconocimiento formal de sus demandas, cuando estas ventajas sustanciales se han creado para usted? Ahora, sus hijos pueden tener una educación y su trabajo puede darles ventajas, asegurando que los frutos sean para ellos después de su muerte. Es frívolo decir que no tiene ninguna hectárea, sólo porque no cuenta con ninguna parcela de tierra medida matemáticamente. La providencia se encargará de que tenga un lugar, de que lo esperen y de que sea acreditado. Y tan pronto como utilice su talento, tendrá una hectárea o su equivalente, de acuerdo con las habilidades que muestre, una parcela, si necesita tierra, o el equivalente de una parcela si prefiere dibujar, labrar madera, hacer zapatos o ruedas, o trabajar la tierra.

Además, quizás su indignación ante el supuesto daño que le ha hecho la sociedad se calme un poco si se pregunta cómo la sociedad se metió en esta situación. ¿Quién creó las cosas sobre una base tan falsa? No fue ningún hombre por sí solo, sino todos los hombres en conjunto. Al menos, ningún hombre de manera voluntaria y consciente, pues sus acciones fueron el resultado del grado de cultura que existe en el planeta. El orden de las cosas es

tan bueno como lo permite el carácter de la población. Considere que este orden es la obra de una gran necesidad benéfica y progresista que ha avanzado hasta aquí desde el primer latido de la primera vida animal hasta la alta cultura actual de las mejores naciones. Agradezca a esta tosca madre que le ha enseñado a ser más sabio que ella, y que ha puesto en su corazón esperanzas que representan la historia de los próximos siglos. Usted mismo es el resultado de este modo de vida, de esta vil situación, de esta vilipendiada Sodoma. Lo nutrió con el mismo cariño y amor con que nutrió a muchos admiradores de lo correcto, poetas, profetas y maestros. ¿Es esto tan irremediamente malo? Por otra parte, si se toman en consideración todos los factores atenuantes, ¿no desaparecen todos los negativos? La forma es mala, pero ¿no ve como cada persona reacciona frente a la forma y la renueva? Una persona fuerte nulifica la ley y la costumbre con su propia voluntad: entonces, los principios del amor y de la verdad reaparecen, aun en los círculos de moda y de propiedad más cerrados. Debajo de las vestimentas más ricas, entre los favoritos de los círculos aristocráticos más selectos de Europa o América, el corazón fuerte latirá con amor a la humanidad, con impaciencia ante las distinciones accidentales y con el deseo de cumplir su propio destino, convirtiendo así cada ornamento que usa en algo auténtico y real.

Es más, como ya lo hemos mostrado, así como no existe ningún reformador puro, tampoco se considera que haya ningún conservador puro, ningún hombre que desde el principio hasta el final de su vida defienda las instituciones defectuosas. Cuando uno se acerca en confianza a aquel que parece inamovible frente a la novedad, estando en presencia de personas amigables y generosas, se da cuenta de que también es capaz de ceder y de abrazar por un momento la causa del hombre; aunque este sentimiento sea de corta duración, el recuerdo del momento mitiga la visión de él como alguien egoísta y sumiso ante la costumbre.

En su celda sobre el Monte Cenís, el fraile Bernardo lamentó los crímenes de la humanidad. Al levantarse un día de madrugada de su lecho de hojas secas y de musgo, comió sus raíces y frutas, bebió de la fuente y se encaminó a Roma para reformar la corrupción de la humanidad. En su camino se encontró con muchos viajeros que lo saludaron cortésmente, y tanto las cabañas de los campesinos como los castillos de los nobles satisficieron sus pocas necesidades. Cuando por fin llegó a Roma, su piedad y buena voluntad lo introdujeron sin dificultad en muchas familias ricas. En su primer día conoció y habló con tiernas madres con bebés en el regazo que le contaron lo mucho que querían a sus hijos y lo preocupadas que estaban de fallar en su deber hacia ellos. "¡Cómo! –exclamó el fraile– ,por qué esta preocupación, si están entre tapetes bordados, pisos de mármol, complejas esculturas, madera labrada, pinturas exquisitas y pilas de libros?" "Mire nuestras pinturas y nuestros libros –le respondieron– y le contaremos, buen padre, cómo pasamos la noche de ayer. Estas son las historias de hijos buenos, de familias religiosas y de sacrificios románticos que se hicieron en tiempos antiguos y recientes para grandes personajes; la noche de ayer, nuestra familia se reunió y nuestros esposos hablaban con tristeza de lo que podíamos guardar y donar en estos tiempos difíciles." En ese momento, entraron los hombres de la casa y le dijeron al fraile: ",cómo se encuentra? Su convento necesita regalos?" Entonces, el fraile Bernardo regresó a casa con pensamientos muy distintos de los que había traído, diciendo "este modo de vida es equivocado, pero sin embargo los romanos, a quienes le rogaba a Dios que destruyera, son personas llenas de amor: ¿qué puedo hacer?"

El reformador concede que existen estos atenuantes, y que si lo que se propone es la comodidad, debe estar del lado de lo establecido. Sus palabras son excelentes, pero no cuentan toda la historia. El conservadurismo es pudiente y generoso, pero la riqueza es mañosa. Observo que los ricos tornan algo por cada cosa que dan. Parecen ser más grandes de lo que son; tienen más ropa, pero no son tan cálidos; tienen más armaduras pero menos valor; más libros, pero menos perspicacia. Lo que usted dice sobre su mundo construido, plantado y decorado es cierto, y con gusto haré uso de sus conveniencias. Pero he notado que lo que es cierto en lo particular lo es en general; y la planta que es el Hombre no requiere de esta conveniencia y pomposa preparación para florecer de manera tan gloriosa, sino de los pensamientos de un Homero mendigante que vagaba, Dios sabrá cuándo, en la primera infancia y barbarie del viejo mundo; de la gravedad y la sensatez de un esclavo llamado Moisés queliberó a sus compañeros esclavos de sus dueños; de la contemplación de un Anacarsis de Escitia; del valor recto y formidable de algunos pobladores dóricos de la ciudad de Esparta; del vigor de Clovis el Franco, de Alfredo el Sajón, de Alarico el Godo, de Mahoma, Ali y Omar los Árabes, de Saladino el Curdo, y de Otomán el Turco. Éstos fueron suficientes para construir lo que usted llama la sociedad, en el momento y en el lugar donde apareció una mente sana en un cuerpo sano. ¡Oh conservadurismo! Ricas y finas son sus vestimentas. Sus caballos son de la mejor raza; sus caminos están bien trazados y pavimentados; su despensa está repleta de carnes y su cava de vinos; y su estado y condiciones son muy aptas para la vida de los caballeros y las damas, pero cada uno de estos bienes roba una gota de mi sangre. Quiero tener la posibilidad de responder a mis propias necesidades. No se requiere toda su cultura costosa. La grandeza no la necesita. Aquel campesino que está ignorado allá en un rincón tiene en su cabeza toda una revolución del hombre y de la naturaleza, que será la historia sagrada de alguna época futura. Pues el hombre es el fin de la naturaleza: nada se organiza tan fácilmente en cada parte del universo como él, ningún musgo ni líquen nace con tanta facilidad. El hombre lleva consigo y despliega frente a él todo el aparato de la sociedad y de las condiciones extempore, de la misma manera que un ejército acampa en el desierto. Donde todo era arena en el viento, se crea una ciudad blanca en una hora: un gobierno, un mercado, un lugar para festejar y para el amor.

Estas consideraciones, apoyadas por aquellos cuyos caracteres y cuyas fortunas aún están por formarse, deben despertar la simpatía de todas las personas razonables. Pero aparte de ese sentimiento caritativo que debe hacer que todas las personas adultas estén interesadas en los jóvenes, y que perciban que la persona joven debe tener un campo libre y reglas justas del juego al comienzo de su vida, veremos seguramente que la sociedad, de la que formamos parte, no permite que surjan o persistan opiniones y prácticas que dañen el honor y el bienestar de la humanidad. La objeción al conservadurismo, cuando está representado por un partido, es que al venerar los actos, odia los principios; vive en los sentimientos en vez de en la verdad; se sacrifica ante la desesperanza; se basa en la disponibilidad de su candidato, más que en su valor; se basa en la conveniencia de sus medidas en vez de lo correctas que sean. Bajo el pretexto de estar tomando en cuenta la fricción, le hace tantas modificaciones y suplementos a la maquinaria social que ésta última funcionará suavemente y sin rechinar, pero carecerá de vigor.

El partido conservador en este universo concede que el radical hablaría de manera suficientemente acertada si aún estuviéramos en el Jardín del Edén: legisla para el hombre que debería existir. Su teoría es correcta, pero no le da ninguna cabida a la fricción: por ende, toda su doctrina es falsa. El idealista responde que el conservador cae en un error mucho más nocivo, al otro extremo. El conservador supone que la enfermedad es una necesidad, por lo cual su marco social es un hospital: toda la legislación es para la angustia actual, un universo vestido en pantuflas y en pijama, con un babero puesto, tomando píldoras y té de hierbas. La enfermedad se organiza de la misma manera que la salud, y el vicio de la misma forma que la virtud. Ahora que ha existido un sistema viciado de comercio durante tanto tiempo, se ha distorsionado a través de las generaciones humanas y nace la tacañería. Y ahora que le han dado tanto lugar a la enfermedad, la lepra se ha vuelto más astuta y se ha metido a las urnas electorales, reuniendo más votos que la limpieza. La sociedad se ha convertido en un comité hospitalario, y todas sus leyes implican una cuarentena. Si algún hombre se resiste y mantiene la tonta esperanza frente a esta desesperanza general de que existe el bien, la sociedad lo desaprueba, lo excluye de sus oportunidades, de sus graneros, de sus refectorios y de sus alimentos, y lo dejará al último. El conservadurismo tiene una visión así de negativa de toda acción y pasión humanas. Su religión es igualmente negativa: es una pastilla para los enfermos, una tonada dolorosa para seducir el mal humor, una mitigación del dolor mediante almohadas y medidas anodinas. Siempre son atenuantes, jamás remedios. Perdón de los pecados, pésames en los funerales: nunca autoayuda, renovación o virtud. Su acción social y política no tiene mejores metas: consiste en protegerse del viento y del mal tiempo, sobrellevar el día y el año, y lograr que el mundo sobreviva, en vez de estar encima del mundo y guiarlo, de hundir la memoria del pasado en la gloria de una creación nueva y mejor. El conservadurismo es un zapatero remendón tímido y parchado, que degrada todo lo que toca.

En este país se hace mucho énfasis en la causa de la educación, ¿con base en qué? Bajo este argumento, la gente tiene el poder, y si no se les instruye de tal manera que simpaticen con la clase inteligente, leída, comerciante y gobernante, y que adquieran un gusto por las mismas competencias y premios, quizás destruirán la judicatura, o los pilares sagrados de la riqueza misma, distribuyendo la tierra. La religión se imparte de la misma manera que la educación. Hace algunos años, los contratistas encargados de construir un camino a la salida de Baltimore tuvieron que lidiar con trabajadores irlandeses tan peleoneros y difíciles que apenaban a los agentes e interrumpían el avance de la obra. A la empresa se le aconsejó disculpar de la ayuda a la policía, y construir una capilla católica. Así lo hicieron, y el sacerdote pronto restauró el orden, permitiendo que la obra continuara y prosperara. Un indicio como este es demasiado valioso para no mencionarse. Si no se observa el domingo ni se valoran las demás instituciones religiosas, no hay por qué mantenerlas. Pero ya han adquirido un valor de mercado como medidas para preservar la propiedad. Aun si el sacerdote y el miembro de la iglesia fracasaran en este propósito, las cámaras de comercio y los presidentes de los bancos, así como los terratenientes mismos del país, reunirían sus fuerzas para defenderlo.

Por supuesto, la religión pierde su esencia cuando cae en estas manos. En vez de apoyarse en los sentimientos eternos de la verdad y del deber, como lo sugiere el alma, se engaña a los hombres, llevándolos hacia una dependencia de las instituciones, las cuales son inútiles desde el momento en que dejan de ser creaciones instantáneas del sentimiento de devoción.

Entre las personas bajas, la religión se vuelve baja también. Conforme pierde verdad, pierde también credibilidad entre los sabios. Ellos detectan la falsedad de los sermones, pero cuando lo mencionan todos los buenos ciudadanos exclaman "¡silencio! No debiliten al Estado, no quiten la camisa de fuerza que le hemos puesto a las personas peligrosas". Cada persona honesta debe mantener la farsa lo más que pueda, debe ser condescendiente con la providencia y la piedad; y cuando vea algo que sirva para distraer a los hombres, como las escuelas, las iglesias, la poesía, las galerías de arte, la música o algo parecido, debe usarlo y seguir jugando el juego. ¡Qué homenaje tan grande le rendimos al buen Espíritu con nuestro celo servicial!

Para dejar ya de equilibrar las razones a favor y en contra de lo establecido, y si aun así surge la pregunta de cuál partido tiene, por lo general, nuestra simpatía, debo responder que depende de cada corazón, donde en última instancia todas las preguntas de este tipo deben encontrar su respuesta final. ¿Cómo escogerá su lado cada mente fuerte y generosa?, ¿se quedará con los defensores de lo viejo o con quienes buscan lo nuevo? ¿Cuál será aquel Estado que promete edificar un hombre grande, temerario y benéfico; y lo impulsará con base a sus propios recursos y pondrá a prueba la fortaleza de su carácter? ¿De qué lado se encontrará cada quien en el momento en que tengamos salud y aspiraciones?

Entiendo bien el respeto que la humanidad le tiene a la guerra, porque es lo que rompe con el estancamiento chino de la sociedad, y demuestra los méritos personales de todos los hombres. Un estado de guerra o de anarquía, en el cual la ley tiene muy poca fuerza, es tan valioso que pone a prueba a cada hombre. El hombre de principios es conocido como tal, y es respetado aun en medio de la furia de las facciones. En las guerras civiles de Francia, Montaigne fue el único entre toda la alta burguesía francesa que mantuvo abiertas las rejas de su castillo, e hizo de su integridad personal una fuerza al menos tan buena como la de un regimiento. La guerra muestra tanto al hombre con valor y con recursos como aquel que es afeminado y vil. La guerra discrimina con facilidad entre aquellos que están por encima de ella y aquellos que se quedan por debajo. Reconoce también a quienes, aunque aceptan las duras condiciones de la guerra, mantienen su posición firme.

En tiempos de paz y de comercio ya no dependemos, como deberíamos en nuestra conciencia y la de todos los hombres, de que seamos personas honestas sino de la virtud de los demás. Pues, a final de cuentas, son las virtudes de algunos miembros de la sociedad las que mantienen el poder y la legitimidad de las leyes. ¿No hay algo vergonzoso en el hecho de que le debo la ocupación pacífica de mi casa y de mis campos no al reconocimiento por parte de mis compatriotas de que soy un miembro útil de la sociedad, sino al respeto de algunas otras personas respetables —no sé exactamente quiénes— cuyas virtudes conjuntas mantienen la ley en orden?

Para un héroe no importa cuáles son las leyes. Su grandeza brillará y lo acompañará hasta el final, ya sea que las leyes estén detrás de él o no. Si ha ganado su pan con su trabajo, y todos los caminos torcidos y estrechos que representaban una ley maligna se han apartado de él, sus esfuerzos habrán sido honestos. No se preocupará del pasado ni se hará responsable de los errores del pasado. Dirá: "toda la mezquindad de mis progenitores no me privará de la posibilidad de hacer que esta hora y la compañía actual sean justas y afortunadas. Cualquier flujo de poder y de bienes que llegue a mí adquirirá virtudes

curativas y se convertirá en fuente de seguridad. ¿Acaso no puedo yo también mandar un redentor a la naturaleza? Quien de ahora en adelante me nombre no estará recordando a un malhechor sino a un benefactor de la tierra. Si las buenas intenciones, la fidelidad y el trabajo representan algún poder, el viento del norte será más puro y las estrellas del cielo brillarán con mejores rayos gracias a que yo haya vivido. Mi propósito primordial es desempeñarme como servidor público de todos los dioses, para demostrarles a los hombres que sí existe la inteligencia y la buena voluntad en el corazón de las cosas, y caminos cada vez más elevados. Estos son mis compromisos: ¿cómo pueden sus leyes apoyar u obstruir aquello que les haré a los hombres? Por otra parte, estas disposiciones establecen la relación entre ellos y yo. Dondequiera que haya algo digno me aceptarán. Dondequiera que haya hombres, serán el objeto de mi estudio y de mi amor. Tarde o temprano, todos los hombres serán mis amigos, y demostrarán de todas las maneras posibles la energía de su cariño. No puedo agradecerle a su ley por protegerme. Yo protejo la ley: no está dentro de su poder protegerme a mí. Lograr que me adoren es mi propia tarea. Lograr un lugar respetado entre la humanidad depende de mi propio honor, mi trabajo y mi disposición, y no de cualquier convención o pergamino suyo.

Si al contrario, me dejo caer en el abandono y me vuelvo flojo y disoluto, pronto empezaré a querer la protección de una ley fuerte, porque no siento que merezca por mí mismo las ventajas que tengo. Ningún amor fluye hacia la persona inmoderada y codiciosa; si la fuerza de la ley se relajara, la humanidad no le pagaría ninguna renta ni ningún dividendo. Incluso, si pudiera emitir su propio veredicto, diría que su autoindulgencia y su opresión merecen un castigo por parte de la sociedad, en vez de la casa suntuosa que goza en este momento. La ley actúa entonces como una pantalla que esconde el hecho de que no se es digno, y lo empeora mientras más lo protege.

En conclusión, para regresar de este intercambio de opiniones parciales a la elevada plataforma de la historia universal y necesaria, el hecho de que la innovación haya llegado tan lejos y tenga un campo tan libre representa una gran alegría para la humanidad. El valor de la esperanza que tienen los hombres trasciende toda la experiencia previa. Esta esperanza los tranquiliza y los anima con la imagen de una vida sencilla e igualitaria, de verdad y de piedad. ¿Y en qué árbol floreció esta esperanza? No fue importada de alguna planta celestial, sino que creció aquí, en la planta salvaje del conservadurismo. Es muy significativo que este viejo y vilipendiado sistema haya dado a luz a un hijo tan bello. Es una señal de que incluso en un planeta poblado de conservadores aún podrá nacer un reformador.

Traducción: Adriana Alcántara.

Este ensayo fue escrito en 1841 por el poeta estadounidense y fue tomado para su traducción de John Gross (comp. y ed.), The Oxford Book of Essays, Oxford University Press, Oxford, Nueva York, 1991.